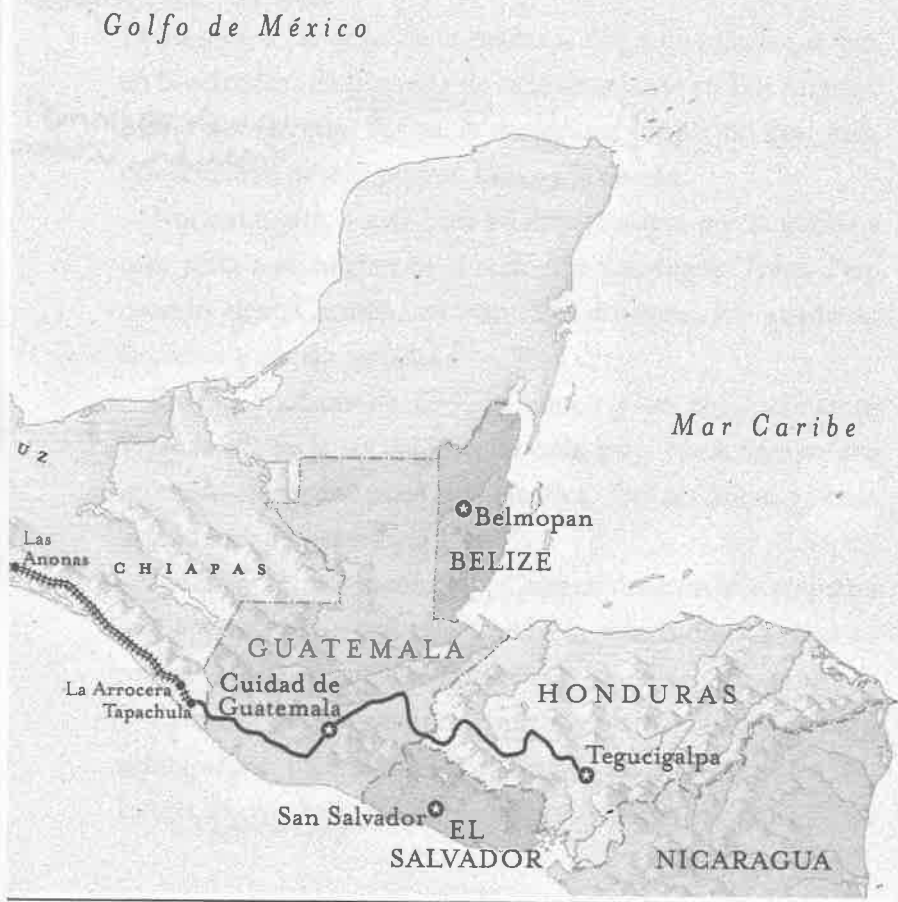


LA TRAVESÍA DE ENRIQUE

DESDE TEGUCIGALPA A NUEVO LAREDO

— Recorrido en ruta ■■■■■■ Recorrido en tren



PRÓLOGO

puerta de calle } la
puerta de casa } reja [\$\$\$\$]

Es viernes, a las ocho de la mañana. Oigo una llave que gira en la cerradura de la puerta de calle de mi casa en Los Ángeles. María del Carmen Ferrez, la mujer que limpia mi casa cada dos semanas, abre la puerta. Entra a la cocina.

Normalmente, a esta hora yo estoy ansiosa por largarme a toda prisa a mi oficina en el periódico *Los Angeles Times*. Pero cuando viene Carmen, mi actitud es diferente. Me quedo en la cocina y charlo con ella.

En esta mañana de 1997, Carmen y yo nos inclinamos sobre la isla de la cocina, una de cada lado. Hace tiempo que quiere hacerme una pregunta, me dice. "Señora Sonia, ¿piensa usted tener un bebé alguna vez?"

No estoy segura, le contesto. Carmen tiene un hijo pequeño que a veces viene con ella y mira la televisión mientras su madre trabaja. ¿Quiere *ella* tener más hijos?, le pregunto.

Carmen, que es siempre risueña y conversadora, se calla súbitamente. Incómoda, fija su mirada en la isla de la cocina. Luego, en voz baja, me habla de otros cuatro hijos que yo no

la mía se llamó
Yolanda Winters

sabía que existían. Estos hijos—dos niños y dos niñas—están lejos, dice Carmen, en Guatemala. Los dejó atrás cuando vino a los Estados Unidos a trabajar. Ha estado separada de ellos por doce años.

Carmen me cuenta que su hijita más pequeña tenía sólo un año de edad cuando ella se marchó. Con el correr de los años, ha sentido cómo iba creciendo Minor, su hijo mayor, al oír cómo se hacía más grave el timbre de su voz.

Carmen empieza a sollozar mientras me cuenta la historia.

¿Doce años? Mi reacción es de incredulidad. ¿Cómo puede una madre dejar a sus hijos y viajar más de dos mil millas, sin saber cuándo volverá a verlos o si los verá otra vez? Carmen se seca las lágrimas y me explica. Su esposo los abandonó a ella y a sus hijos por otra mujer. Por más que trabajara, no podía ganar lo suficiente como para alimentar a cuatro hijos ella sola. “Me pedían comida, y yo no la tenía”. Muchas noches se iban a dormir sin haber comido. Ella trataba de calmarles las punzadas de hambre cuando los arrullaba para dormir. “Dormí boca abajo para que no te haga tanto ruido la tripa”, decía Carmen, tratando de que se voltearan.

Preocupada por que yo pueda censurar su decisión, Carmen me dice que muchas mujeres inmigrantes que han venido a Los Ángeles desde Centroamérica y México son como ella: madres solteras que dejaron hijos en sus países de origen. Yo comienzo a comprender el abismo de desesperación que enfrentan las mujeres en países como el suyo. En Honduras, por ejemplo, la mayoría de las mujeres ganan entre 40 y 120 dólares por mes como obreras, empleadas domésticas o niñeras. El

alquiler de una choza sin baño ni cocina cuesta 30 dólares por mes.

Las madres mandan a sus hijos a la escuela vestidos con uniformes raídos, y a menudo no tienen dinero para lápices, papel o un almuerzo decente. Un director de escuela de Tegucigalpa me dijo que muchos de sus alumnos estaban tan malnutridos que no podían mantenerse de pie para cantar el himno nacional. Muchas madres hondureñas dejan de mandar a sus niños a la escuela cuando tienen sólo ocho años. Los hacen cuidar de sus hermanos más pequeños mientras ellas trabajan o venden tortillas en una esquina.

Carmen partió hacia los Estados Unidos por amor. Esperaba ganar dinero y mandarlo a casa para que sus hijos pudieran escapar de la pobreza agobiante que ella conoció de niña. Quería que tuvieran la oportunidad de ir a la escuela más allá del sexto grado. Se jacta de la ropa, el dinero y las fotos que les envía.

También reconoce que ha pagado un costo brutal. Siente la distancia entre ella y sus hijos cuando hablan por teléfono. Pasan los días y ella no está para los hitos importantes de sus vidas. Su ausencia deja heridas profundas. Su hija mayor se asusta cuando tiene su primera menstruación. No entiende qué le pasa. ¿Por qué no estabas aquí para explicarme?, le pregunta la niña a Carmen.

En Guatemala, los amigos de sus hijos envidian el dinero y los regalos que Carmen manda. “Tenés todo. Buena ropa. Buenas zapatillas”, dicen. Su hijo Minor responde: “Lo cambiaría todo por mi madre. Nunca he tenido alguien que me

la motivación principal de Enrique
 consienta. Que diga: haz esto, no hagas lo otro. ¿Has comido?
Nunca se puede obtener de otros el amor de una madre”.

Para los latinos, la familia tiene una importancia trascendental. La maternidad representa el valor supremo de la mujer. Me conmovió la encrucijada que enfrentan las madres cuando dejan a sus hijos. ¿Cómo toman una decisión tan imposible? ¿Qué haría yo en su lugar? ¿Vendría a los Estados Unidos a ganar mucho más dinero y asegurarme de que mis hijos pudieran comer e ir a la escuela más allá del sexto grado? ¿O me quedaría con ellos sabiendo que se criarían en la miseria?

LOS QUE SE QUEDAN

Los hijos de Carmen podrían venir con un contrabandista que los pasara clandestinamente por la frontera de Centroamérica a México y luego de México a los Estados Unidos. Pero Carmen no ha conseguido ahorrar lo suficiente para pagarle a un contrabandista. Además, le da miedo someter a sus hijos a ese viaje ilegal y lleno de peligros. Cuando ella vino hacia el norte en 1985, el contrabandista que la traía le robó el dinero que llevaba. Pasó tres días sin comer. Sabe que la experiencia podría haber sido aun peor. Teme que violen a sus hijas en el viaje.

En 1998, un año después de que Carmen me contara la historia de su familia, su hijo Minor emprende solo el viaje a los Estados Unidos en busca de su madre. No le avisa a Carmen. El muchacho atraviesa Guatemala y México como autostopista, mendigando comida en el camino.

Minor tenía diez años cuando Carmen se fue. Trece años después, aparece en el umbral de la casa de su madre en Los Ángeles. La ha echado mucho de menos. Tiene que saber: ¿Ella se fue de Guatemala porque nunca lo había amado de verdad? ¿Cómo explicar de otro modo el porqué de su partida?

Minor me relata su peligroso viaje como autostopista. Ha sido víctima de robos y amenazas. Sin embargo, él dice que tuvo suerte. Cada año, miles de niños que van a los Estados Unidos en busca de sus madres hacen una travesía mucho más peligrosa. Viajan en los techos de los trenes de carga mexicanos. Lo llaman El Tren de la Muerte.

Al escuchar su relato, me asombra lo azaroso del viaje que emprenden los niños para intentar reunirse con sus madres. Me pregunto qué clase de desesperación empuja a estos niños, algunos de sólo siete años de edad, a viajar solos por parajes tan hostiles con su ingenio como único recurso.

LA INMIGRACIÓN HACIA LOS ESTADOS UNIDOS

Los Estados Unidos han recibido la mayor oleada inmigratoria de su historia. Desde 1990, han ingresado de manera ilegal al país más de 11 millones de inmigrantes. Desde el año 2000, como promedio, han ingresado al país legalmente u obtenido residencia 1 millón más de inmigrantes.

Esta oleada de inmigración es diferente de las anteriores en un aspecto.

Antes, lo habitual era que el padre se mudara a los Estados Unidos. Los niños quedaban con la madre. Pero en décadas

recientes, el incremento del divorcio y las separaciones familiares ha hecho que muchas mujeres se queden solas, sin los ingresos del padre de sus hijos y casi imposibilitadas de criar y alimentar a su familia con lo que ganan. Muchas de estas madres solteras deciden dejar a sus hijos con abuelos, parientes o vecinos, se van a trabajar a los Estados Unidos y envían a casa todo el dinero que pueden para que sus hijos tengan una vida mejor.

Como me aseguró Carmen, su experiencia es increíblemente común. En Los Ángeles, un estudio de la Universidad del Sur de California mostró que el 82 por ciento de las niñeras de planta y una de cada cuatro mucamas son madres que aún tienen por lo menos un hijo en su país de origen.

En muchos lugares de los Estados Unidos, las preocupaciones legítimas respecto de la inmigración y las leyes antiinmigratorias han tenido un efecto secundario grave: se ha deshumanizado y demonizado a los inmigrantes. Quizá, pensé, si yo ofreciera una mirada en profundidad de un inmigrante—con todas sus fortalezas, su coraje y sus defectos—su misma condición de ser humano podría ayudar a iluminar lo que tantas veces parece ser una discusión sin matices.

Yo creía comprender la experiencia inmigrante. Mi padre, Mahafud, nació en Argentina, adonde su familia cristiana llegó huyendo de la persecución religiosa en Siria. Mi madre, Clara, nacida en Polonia, emigró a Argentina de niña para escapar de la pobreza y la persecución a los judíos. Muchos de sus parientes polacos murieron en las cámaras de gas durante la Segunda Guerra Mundial. En 1960, mi familia se mudó a los Estados

Unidos. Querían irse de la Argentina, un país controlado por militares donde se limitaba la libertad de expresión.

Por la experiencia de mis padres, yo comprendía el deseo de tener oportunidades y libertad. También sabía lo que es no tener dinero. Durante los años sesenta y setenta crecí en Kansas como hija de inmigrantes argentinos, y muchas veces me sentí como una forastera, entre dos países y dos mundos. En muchos sentidos comparto la experiencia de los inmigrantes latinos en este país. Sin embargo, mis padres llegaron al país en avión, no en los techos de un tren de carga. Mi familia nunca estuvo separada en el proceso de migrar hacia los Estados Unidos. Hasta mi viaje con niños inmigrantes, no había comprendido cabalmente lo que la gente está dispuesta a hacer para llegar aquí en busca de oportunidades y libertad.

PERIODISMO

Como periodista, me gusta meterme en la acción, ver cómo se desarrolla, hacer que la gente vea desde dentro mundos que de otra forma no vería. Por mis conversaciones con Minor, el hijo de Carmen, supe que quería oler, saborear, escuchar y sentir cómo es para los niños este peligroso recorrido hacia los Estados Unidos. Para que mi relato de las experiencias de estos niños fuese vívido, sabía que yo misma tenía que hacer la travesía. Tenía que viajar por México en los techos de los trenes de carga.

Minor me hizo comprender cuán peligroso es el viaje para los niños inmigrantes. Van solos, padecen frío y hambre, están

indefensos y llevan poco o nada de dinero. Miles de ellos atraviesan México encaramados en los costados y los techos de los trenes de carga. Los persiguen y los cazan como a animales. Hay pandilleros que controlan los techos de los trenes, hay maleantes que controlan las vías, y los policías que patrullan las estaciones de tren violan y asesinan. Casi todos los niños migrantes son víctimas de uno o varios ataques en algún momento de la travesía. Algunos mueren.

Como atraviesan México como ilegales, no pueden subir al tren en las estaciones. Tienen que treparse a los vagones en movimiento, arriesgándose a perder un brazo o una pierna. Pensar en someterme a esa experiencia por mi propia voluntad era poco menos que una locura.

En pocas palabras, tenía miedo.

Antes de emprender el viaje, debía informarme lo más posible. ¿Cuál es el recorrido exacto que hacen los migrantes? ¿Qué es lo mejor y lo peor que puede pasar en cada etapa del camino? ¿Dónde ocurren los peores actos de crueldad contra los migrantes? ¿Y los mayores actos de bondad? ¿En qué tramo de las vías hay pandillas que roban, en qué tramo hay bandidos que matan? ¿Dónde detienen el tren las autoridades mexicanas de inmigración?

¿Sería yo la única mujer en el tren? La terrible verdad es que las mujeres migrantes, especialmente las más jóvenes, suelen ser víctimas de ataques sexuales en el camino, aun si tienen la ventaja de viajar con un contrabandista. Es por eso que los que viajan en los trenes son casi todos hombres.

Mi plan original era seguir a un niño desde el comienzo del

viaje en Centroamérica hasta el reencuentro con su madre en los Estados Unidos. Pero comprendí que no era realista. No puedo correr a la velocidad de un adolescente; no iba a poder mantenerme a la par, quedarme cerca del niño para escribir sobre él. Tenía que ir a lo seguro. Buscaría a un adolescente que ya hubiese hecho el viaje desde Centroamérica hasta el norte de México y lo seguiría desde la frontera hasta el reencuentro con su madre en los Estados Unidos. Luego debería basarme en los relatos del joven para reconstruir la parte del viaje antes de llegar a los Estados Unidos y hacer yo misma el recorrido por México.

No soy una persona valiente. Evito el peligro siempre que puedo. Pensé mucho cómo hacer para protegerme durante el viaje y formulé una regla: nada de subir y bajar de vagones en movimiento (solo rompí esa regla una vez).

Un colega de *Los Angeles Times* que tenía conexiones en las altas esferas del gobierno mexicano me ayudó a conseguir una carta del secretario personal del presidente de México. En ella se solicitaba a todas las autoridades y policías que cooperaran con mi trabajo periodístico. Gracias a la carta del gobierno pude obtener permiso para viajar en los techos del tren a lo largo de todo México. También me evitó ir presa tres veces cuando me capturaron las autoridades.

Esa carta también ayudó a convencer al Grupo Beta, un grupo mexicano que protege los derechos de los migrantes, de que fueran mis guardaespaldas. En el tramo de Chiapas, el más peligroso del viaje, me acompañarían agentes armados del Grupo Beta. Arreglé para que los maquinistas del tren supieran

que yo estaba a bordo. Yo les pediría que estuviesen atentos a mi señal: iba a llevar una chaqueta de lluvia roja anudada a la cintura, y la iba a agitar si me hallaba en serio peligro.

CÓMO ENCONTRÉ A ENRIQUE

La frontera entre México y los Estados Unidos es vigilada por la Patrulla Fronteriza de los Estados Unidos. La tarea de estos guardias es capturar a la gente que se escabulle por la frontera, arrestarlos y mandarlos de regreso a su país de origen.

Según la Patrulla Fronteriza, el promedio de los niños que capturan tratando de cruzar solos la frontera entre México y los Estados Unidos son varones de quince años. Yo quería encontrar a un niño que estuviera cerca de ese promedio de edad y que hubiese viajado en los trenes. En mayo del año 2000, indagué en una docena de albergues e iglesias que dan ayuda a los migrantes, incluyendo a menores de edad, a lo largo del lado mexicano de la frontera. En Nuevo Laredo, una monja de la parroquia de San José me habló de Enrique, que había venido desde Honduras buscando a su madre. Enrique tenía diecisiete años, era un poco mayor que el promedio de los niños sin acompañante que capturan las autoridades de inmigración de los Estados Unidos, pero su historia era tan llena de vicisitudes como las que había oído de otros niños que hicieron el viaje.

Yo necesitaba un niño que pudiese reunirse con su madre en los Estados Unidos. En Nuevo Laredo, hablé con docenas de niños, pero a todos les habían robado el número telefónico

de sus madres en el camino. No se les había ocurrido memorizarlo y no tenían acceso a teléfonos celulares, que no eran de uso corriente en el año 2000. Muchos de ellos venían de pueblos en los que cualquier teléfono es un lujo. Sin un número de teléfono para ponerse en contacto con sus madres, sus posibilidades de continuar el viaje eran escasas.

A Enrique también le habían robado el número de su madre, pero recordaba un número de teléfono en Honduras al que podía llamar para conseguir el de su madre. Me decidí por él. Pasé dos semanas con él mientras acampaba junto al río Grande, que separa a los Estados Unidos de México. Él me contó todos los detalles de su vida y de su viaje al norte. Apunté todos los lugares adonde había estado, todas las experiencias, todas las personas que en su recuerdo lo habían ayudado o le habían puesto escollos en el camino.

Yo quería ver y sentir lo mismo que Enrique para escribir sobre su experiencia y la de otros niños como él. Procedí a reconstruir su trayectoria haciendo el mismo recorrido que él había hecho sólo unas semanas antes. Empecé en Honduras, entrevistando a su familia y viendo los lugares que él frecuentaba. Viajé por Centroamérica en autobuses tal cual lo había hecho Enrique. Recorrí el mismo camino por las ferrovías, viajando a lo largo de México en los techos de siete trenes. Me bajé en el mismo lugar que él, en San Luis Potosí, y luego viajé como autostopista desde el mismo lugar en Matehuala, en el norte de México, donde Enrique pidió un aventón hasta la frontera. Para seguir los pasos de Enrique, viajé más de mil seiscientas millas, la mitad en los techos de los trenes.

Me encontré con gente que había ayudado a Enrique y visité pueblos o parajes que él había atravesado. Mostraba a la gente una foto de Enrique para asegurarme de que estábamos hablando del mismo muchacho. En los trenes conocí a otros niños que viajaban para reunirse con sus madres. Entrevisté a docenas de migrantes y expertos en Honduras y en México: personal médico, sacerdotes, monjas, agentes de policía. Todo esto me ayudó a corroborar el relato de Enrique.

Volví a hablar con Enrique para comparar lo que habíamos visto en nuestros viajes. Quería estar segura de plasmar un relato verdadero. En total pasé más de seis meses viajando por Honduras, México y los Estados Unidos. En el año 2003 recorrí una vez más el trayecto completo, empezando en Tegucigalpa, Honduras. Desde entonces he continuado mi trabajo con la familia y con otros.

UN RECORRIDO PELIGROSO

Durante los meses que viajé recorriendo el mismo trayecto que Enrique, viví casi constantemente en peligro de ser golpeada, asaltada o violada. Una noche de tormenta, cuando viajaba en lo alto de un vagón cisterna, la rama de un árbol me dio de lleno en la cara. Me tumbó hacia atrás y casi me caí del tren. Tiempo después me enteré de que esa misma rama había barrido a un niño que iba en el vagón detrás del mío. Sus amigos no sabían si había sobrevivido el torbellino de aire que succiona hacia las ruedas a los cuerpos que caen del tren.

el machismo desde la perspectiva femenina

A los lados de la vía las cosas no eran mucho más seguras. Bordeando un río en Ixtepec, Oaxaca, pasé por un lugar con muchos trenes y transeúntes bajo el puente principal que cruza el río. Parecía un lugar seguro. Al día siguiente entrevisté a una muchacha de quince años que había sido violada en el mismo lugar donde yo me había sentido a salvo.

De regreso en los Estados Unidos, tuve una pesadilla recurrente: alguien me perseguía por los techos de un tren para violarme. Necesité seis meses de terapia para poder volver a dormir bien.

En los trenes estaba roñosa, imposibilitada de ir al baño por largos trechos, sufriendo un calor o frío insoportables, castigada durante horas por la lluvia y el granizo. Aunque con frecuencia me sentía extenuada y miserable, sabía que mi experiencia no podía ni compararse con la de los niños migrantes. Al cabo de un largo viaje en tren, yo sacaba a relucir mi tarjeta de crédito, me alojaba en un motel, me daba una ducha, comía, dormía. Normalmente estos niños tardan meses en llegar al norte. Se guían de oídas o por el recorrido del sol. Entre tren y tren duermen en los árboles, beben agua de los charcos y mendigan comida. El viaje me dio apenas un esbozo de lo dura que es para ellos la travesía.

A cada paso del camino creció mi asombro ante la implacable determinación que muestran estos niños para llegar a destino. Están dispuestos a soportar miserias y peligros durante largos meses. Todo lo que tienen es su fe y un profundo deseo de estar junto a sus madres. Juran no volver a casa, y no darse por vencidos ante ningún obstáculo. No hay cantidad de

policías y guardias que pueda disuadir a niños como Enrique, que soportan tanto con tal de llegar a los Estados Unidos.

ENRIQUE

La madre de Enrique se marchó cuando él tenía cinco años. Años después, ya adolescente, él se fue a los Estados Unidos solo en busca de su madre.

En el año 2000, cuando Enrique emprendió el viaje, era uno de aproximadamente 48.000 niños y adolescentes que se marcharon de Centroamérica para ingresar a los Estados Unidos de manera ilegal y, sin ninguno de sus padres. El viaje es duro para los que vienen de México, pero más duro aún para los centroamericanos como Enrique: ellos no sólo deben hacer el peligroso cruce por la frontera entre México y los Estados Unidos, sino cruzar la frontera hacia México. Según abogados de inmigración, sólo la mitad de ellos cuentan con la ayuda de un contrabandista: los demás viajan solos.

Desde la partida de Enrique, se estima que el número de niños que ingresan a los Estados Unidos de manera ilegal desde México y Centroamérica ha aumentado a más de 100.000 por año. El gobierno estadounidense tiene ochenta albergues en doce estados para niños inmigrantes detenidos, y en 2012 y 2014 tuvo que apresurarse para abrir varios albergues nuevos.

Algunos de los niños tienen sólo siete años de edad, aunque típicamente son adolescentes. Muchos marchan al norte en busca de trabajo. Otros huyen de familias abusivas. Pero la

mayoría de los niños centroamericanos viajan al norte para reunirse con un progenitor. Llevan fotos en las que aparecen en brazos de su madre. Algunos dicen que tienen que saber si su madre todavía los ama. Creen que hallar a su madre es la respuesta a todos los problemas.

LECCIONES APRENDIDAS EN LOS TECHOS DEL TREN

Enrique y los migrantes con los que estuve me dieron un regalo que no tiene precio. Me recordaron el valor de lo que tengo. Me enseñaron que hay gente dispuesta a morir en su intento por conseguir lo que yo suelo dar por sentado.

Las madres solteras que vienen a este país, y los niños que las siguen, están cambiando el cariz de la inmigración en los Estados Unidos. Ellos se convierten en nuestros vecinos, alumnos en nuestras escuelas, trabajadores en nuestros hogares. A medida que se vuelvan un componente más importante del tejido social de los Estados Unidos, sus dificultades y sus logros serán una parte del futuro de este país. Para los estadounidenses en general, espero que este libro ayude a traer a la luz a esta parte de nuestra sociedad.

Para las madres latinas que vienen a los Estados Unidos, mi esperanza es que comprendan cabalmente las consecuencias de dejar a sus niños y tomen decisiones mejor informadas. Porque, en última instancia, estas separaciones casi siempre terminan mal. Todas las mujeres separadas de sus hijos a quienes entrevisté en los Estados Unidos estaban seguras de que la separación iba a ser breve. Los inmigrantes que vienen a los

Estados Unidos son por naturaleza optimistas, dejan todo lo que aman y conocen en busca de una vida mejor.

No obstante eso, la realidad es que pasan años y años hasta que los niños logran reunirse con sus madres. Para cuando esto ocurre, si es que ocurre, los niños suelen guardarles mucho resentimiento. Se sienten abandonados. Las madres se asombran ante esa actitud. Piensan que sus hijos deberían mostrar gratitud, no enojo. Después de todo, ellas renunciaron a estar con sus hijos, trabajaron como condenadas, todo para darles a sus hijos una vida y un futuro mejores.

Después del reencuentro, el hogar se vuelve conflictivo. En muchos sentidos, estas separaciones son devastadoras para las familias latinas. Las personas pierden lo que más valoran: la familia y el amor de sus hijos.

Muchos de los niños que emprenden este viaje no llegan a destino. Derrotados, terminan de vuelta en Centroamérica.

“Esta es la historia de aventuras del siglo veintiuno,” me dijo una mujer de Los Ángeles que trabaja con inmigrantes.

Enrique estaba resuelto a reunirse con su madre. ¿Lo lograría?

Este relato puede leerse como una novela, pero todo es verdad.

PARTE I

EL NIÑO QUE QUEDÓ ATRÁS

HONDURAS

dejar a / dejar que / dejar de

alejarse / alojarse

asombrar ≠ sombrío = ^{la} sombra

abrumar ≠ bromear

aportear ≠ apoyar

echar de menos ≠ echar^{se} de un lugar
≠ echarse a llorar

1

EL NIÑO QUE QUEDÓ ATRÁS

El niño no comprende.

Lourdes sí comprende, como sólo una madre puede comprender, el terror que está por causar. Sabe el dolor que sentirá Enrique y luego el vacío.

No le habla. No lo puede mirar siquiera. **Enrique** no tiene la menor sospecha de lo que ella está por hacer.

¿Qué será de él? El niño la ama profundamente como sólo un hijo puede amar. No deja que otros lo bañen o le den de comer. Con Lourdes, es abiertamente cariñoso. "Dame pico, mami", le pide una y otra vez, frunciendo los labios para que ella lo bese. Con Lourdes, es parlanchín. "Mire, mami", dice en voz baja, preguntándole sobre todo lo que ve. Sin ella, la timidez lo abruma.

Ella sale despacio al portal. Enrique se aferra a sus piernas.

A su lado, se ve muy pequeño. Lourdes lo quiere tanto que no acierta a decir nada. No se atreve a llevar su fotografía por temor a flaquear. Tampoco se atreve a abrazarlo. El niño tiene cinco años.

Viven en las afueras de Tegucigalpa, la capital de Honduras. Lourdes tiene veinticuatro años y se gana la vida vendiendo tortillas, ropa usada y plátanos de puerta en puerta. O encuentra un lugar donde ubicarse en la acera polvorienta cerca del Pizza Hut del centro para vender chicle, galletitas y cigarrillos que lleva en una caja. Para Enrique, la acera es su patio de juegos.

Ni hablar de un buen empleo. Lourdes apenas puede alimentar a Enrique y su hermana Belky, de siete años de edad. Nunca ha podido comprarles un juguete o un pastel de cumpleaños. Su marido se ha ido. No tiene dinero para uniformes ni para lápices. Lo más seguro es que ni Enrique ni Belky terminen la escuela primaria. El futuro de sus hijos es sombrio.

Lourdes sabe de un solo lugar que ofrece esperanza. Cuando tenía siete años y llevaba las tortillas que amasaba su madre a las casas de los ricos, tuvo vistazos fugaces de ese mundo en televisores ajenos. Vio los imponentes edificios de Nueva York, las luces fulgurantes de Las Vegas, el castillo mágico de Disneylandia. Había una distancia abismal entre el brillo de esas imágenes y la casa de su infancia: una choza de dos habitaciones hecha con tablonces de madera y techo de hojalata. El baño era un matorral afuera.

Lourdes ha decidido partir. Se marchará a los Estados Unidos y ganará dinero para mandar a casa. Será una ausencia de

un año, aun menos si tiene suerte, y luego regresará a Honduras o enviará por sus hijos para que estén con ella. Es por ellos que se va, se dice a sí misma, pero igual se siente abrumada por la culpa.

Lourdes deberá separar a sus hijos. Nadie de su familia puede tomar a los dos juntos. Belky se quedará con la madre y las hermanas de Lourdes. Enrique se quedará con su padre, Luis, que lleva tres años separado de Lourdes.

De rodillas, Lourdes besa a Belky y la estrecha contra su pecho. Pero a Enrique no puede mirarlo. Él sólo recordará que ella le dijo: "No olvides ir a la iglesia esta tarde".

Es el 29 de enero de 1989. Su mamá baja del portal.

Se aleja andando.

"¿Dónde está mi mami?", pregunta Enrique llorando una y otra vez.

Su madre no regresa nunca, y el destino de Enrique queda sellado.

BEVERLY HILLS

Lourdes ha contratado a un contrabandista o "coyote" para que la ayude a atravesar México en autobuses. Cierra los ojos y se imagina que está en su casa al atardecer, jugando con Enrique y con Belky bajo el eucalipto del patio delantero. Le brotan las lágrimas. Se recuerda que si flaquea, si no sigue adelante, sus hijos seguirán sufriendo.

Con la ayuda del contrabandista, Lourdes entra clandestinamente a los Estados Unidos en una de las oleadas de

"lo más seguro" ... but still subjective

inmigración más grandes de la historia del país. Pasa durante la noche por una cloaca infestada de ratas en Tijuana, México, y se dirige a Los Ángeles. Una vez allí, en la estación de autobuses Greyhound, el contrabandista le dice a Lourdes que lo espere mientras hace un mandado rápido. Ya volverá. Ella le ha pagado para que la lleve hasta Miami.

Pasan tres días. El contrabandista no regresa. Lourdes se revuelve el pelo roñoso intentando confundirse con los portadores para no llamar la atención de la policía. Ruega a Dios que le mande a alguien que le muestre el camino. ¿A quién le puede pedir ayuda? Famélica, se echa a andar. En el este de Los Ángeles ve una pequeña fábrica. En la plataforma de carga, bajo un techo gris de hojalata, hay mujeres separando tomates verdes y rojos. Lourdes implora que le den trabajo. Mientras llena cajas con tomates Lourdes alucina que rebana un tomate jugoso y le echa sal.

Muy pronto, Lourdes consigue trabajo como niñera. Se va a vivir con una pareja de Beverly Hills para cuidar de una niña de tres años. La casa es espaciosa, con alfombras y paneles de caoba en las paredes. Sus patrones son bondadosos. Quizá, piensa Lourdes, si se queda el tiempo suficiente ellos la ayudarán a conseguir papeles.

Todas las mañanas, cuando los patrones salen a trabajar, la niña llora por su madre. Lourdes le da el desayuno pensando en Enrique y en Belky. Se pregunta: ¿Acaso mis hijos llorarán así? Estoy dando de comer a esta niña en lugar de alimentar a mis propios hijos. La pequeña, tan cercana en edad a Enrique, le recuerda constantemente a su hijo. Lourdes siente una

tristeza enorme. Muchas tardes no puede contener la congoja. Deja a la niña con un juguete y corre a la cocina. Allí, donde no la ven, rompe a llorar. No puede soportar estar con los hijos de otros cuando sus propios hijos están tan lejos. Decide que necesita buscar otro tipo de trabajo.

CONFUSIÓN

Hace dos años que Lourdes se ha ido. Enrique tiene siete años. Llegan cajas a Tegucigalpa. Están llenas de ropa, zapatos, coches de juguete, un muñeco de RoboCop, un televisor. Las cartas de Lourdes no son largas: apenas sabe escribir y eso la avergüenza. Le dice a Enrique que se porte bien y que estudie mucho. Su esperanza es que él se gradúe del colegio secundario, que haga carrera, quizá como ingeniero. Se imagina a su hijo trabajando con una camisa impecable y zapatos lustrados. Le dice que lo ama.

Enrique se aferra a su padre, Luis, que lo trata con cariño. El padre lo lleva a sus trabajos como albañil y deja que el niño lo ayude a mezclar la argamasa. Duerme con él, le trae ropa y manzanas. Viven con la abuela paterna de Enrique, María Marcos. Cada mes que pasa, Enrique extraña menos a su madre, pero no la olvida. “¿Cuándo viene por mí?”, pregunta. “Pronto volverá a casa”, le asegura su abuela. “No te preocupes. Regresará”.

Pero su madre no regresa. El desconcierto de Enrique se torna en confusión y luego en enojo. Su desaparición es incomprendible para él.

Para el Día de la Madre, Enrique hace una tarjeta en forma de corazón en la escuela y se la da a María. En la tarjeta ha escrito: "Abuelita, te quiero mucho".

Pero ella no es su madre.

Enrique mira por sobre las colinas hacia su antiguo vecindario. Allí vive Belky con la familia de Lourdes. Enrique vive a seis millas de distancia. Echa de menos a su hermana. Se ven muy poco, pero cada uno reconoce el dolor del otro.

Para Belky, la desaparición de su madre es igual de dolorosa. Ella vive con su tía Rosa Amalia, una hermana de Lourdes.

"A veces me siento tan sola al despertar", le dice Belky a la tía Rosa Amalia. Belky es temperamental. A veces no habla con nadie. Cuando está de humor sombrío, su abuela advierte a los otros niños de la casa: "¡Pórtense bien que la marea anda brava!".

El Día de la Madre, Belky llora en silencio, sola en su habitación. Soporta con dificultad los festejos en la escuela. Luego se regaña. Debería agradecer que su madre se haya marchado. Sin el dinero que ella manda para libros y uniformes, Belky no podría siquiera asistir a la escuela. Recuerda todas las cosas que su madre envía al sur: zapatos deportivos Reebok, sandalias negras, el oso amarillo y el perrito rosa de peluche que están sobre su cama. Se desahoga con una amiga cuya madre también se ha ido a los Estados Unidos. Ambas conocen a otra niña cuya madre ha muerto de un paro cardíaco. Al menos, dicen, nuestras madres están vivas.

Rosa Amalia piensa que Belky y Enrique tienen profundos trastornos afectivos a causa de la separación. A su juicio, ambos

se debaten ante una pregunta sin respuesta: ¿Qué puedo valer yo si mi propia madre me ha dejado?

¿de dónde viene tu identidad y sentido de ser?

LA ABUELA MARÍA

El padre de Enrique tiene una novia nueva. Para ella, Enrique es una boca más para alimentar, un malgasto de dinero. Una mañana, la mujer derrama chocolate caliente sobre Enrique y lo quema. Luis la echa de la casa.

Pero la separación es breve.

*echar de menos
echar de la casa*

"Mamá, sólo puedo pensar en esta mujer", le dice Luis a la abuela María.

El padre de Enrique se baña, se viste, se pone agua de colonia y se va con su novia. Arregla para irse a vivir con ella dejando a Enrique con la abuela María. Cuando Luis se va, Enrique lo persigue. Le ruega a su padre que lo lleve con él. Pero Luis se rehúsa. Le dice a Enrique que regrese a casa.

El padre forma una nueva familia. Enrique lo ve poco, casi siempre por casualidad. Con el correr del tiempo, su amor se vuelve odio. "No nos quiere. Quiere a los hijos que tiene con su esposa", le dice a Belky. "Yo no tengo padre".

El padre se da cuenta. "Me mira como si no fuera mi hijo, como si quisiera estrangularme", le comenta a la abuela. Luis llega a la conclusión de que casi toda la culpa es de Lourdes. "Ella prometió regresar".

el machismo

Enrique y su abuela María viven en una choza diminuta de treinta pies por lado en Carrizal, uno de los barrios más pobres de Tegucigalpa. La abuela María construyó la choza ella misma

con tablones de madera. La luz se cuele por las rendijas. La choza tiene cuatro habitaciones, tres de ellas sin electricidad. No hay agua corriente. El techo de hojalata emparchada tiene canaletas para la lluvia que desaguan en dos barriles. Un hilo turbio y blancuzco de aguas residuales pasa por delante del portón de entrada. La letrina es un hoyo de cemento que hay afuera. Al lado hay baldes para bañarse. Dos o tres veces por semana, Enrique acarrea desde el pie de la colina hasta su casa dos baldes llenos de agua potable, uno en cada hombro.

La abuela María cocina plátanos, fideos y huevos frescos para la cena. Cada tanto, mata un pollo y lo guisa para Enrique. A cambio, Enrique le frota la espalda con medicina cuando ella está enferma y le trae agua a la cama.

Por lo general, Lourdes le envía a Enrique 50 dólares por mes. Si el mes fue bueno, puede llegar a enviar hasta 100 dólares. Si el mes fue malo, no manda nada. El dinero alcanza para comida pero no para útiles escolares y ropa, que son caros en Honduras. Nunca hay suficiente para un regalo de cumpleaños. Pero la abuela María abraza a Enrique con alegría y le dice: ¡Feliz cumpleaños!

♦ ♦ ♦

A Enrique le gusta mucho trepar al árbol de guayabas de su abuela, pero ya no hay tiempo para juegos. A los diez años, Enrique ya tiene edad para trabajar. "Tu madre no puede mandarnos suficiente dinero, así que los dos tenemos que trabajar", dice la abuela María.

En una piedra gastada allí cerca, la abuela María lava la ropa usada que vende de puerta en puerta.

Después de clases, Enrique sale con un balde colgado del brazo a vender tamales y bolsitas de zumo de frutas. "¡Tamarindo! ¡Piña!", pregona.

En una estación de servicio cercana, Enrique se abre paso entre los vendedores de mangos y aguacates para ofrecer copitas con fruta cortada a los transeúntes. Va solo en autobús a un mercado al aire libre. Allí, llena bolsitas con nuez moscada, curry, páprika y luego las sella con cera caliente. "¿Va a querer especias?", pregona. Como no tiene licencia de vendedor ambulante, está siempre en movimiento, refugiándose entre los carromatos repletos de papayas por si la policía anda cerca.

En la acera hay niños más pequeños, de cinco o seis años, que acometen a los transeúntes con puñados de chiles y tomates. A cambio de una propina, otros niños se ofrecen a cargar las compras de fruta y verdura de un puesto a otro en rústicas carretillas de madera. "¿Le ayudo?", les preguntan a los que van a comprar.

Entre venta y venta, algunos de los jovencitos que trabajan en el mercado aspiran pegamento.

Enrique anhela oír la voz de Lourdes. El único pariente que tiene teléfono es una prima de su mamá. Como Enrique vive al otro lado de la ciudad, pocas veces tiene la suerte de estar allí cuando Lourdes llama. Lourdes llama poco. Hubo un año en que no llamó ni una vez.

Mejor enviar dinero que malgastarlo en llamadas telefónicas, responde Lourdes. Pero hay otro motivo para no llamar:

su vida en los Estados Unidos no se parece en nada a las imágenes que había visto por televisión en Honduras. La avergüenza revelar las privaciones que sufre.

Lourdes duerme en el piso de un dormitorio que comparte con otras tres mujeres. Santos, su novio de Honduras, se reúne con ella. Santos es albañil. Vivir juntos es más barato que pagar la renta ella sola. Lourdes calcula que, viviendo con Santos, en dos años podrá ahorrar lo suficiente para traer a sus hijos. Si no, se volverá a Honduras con lo que haya ahorrado para construirse una casita y una tienda de comestibles en una esquina.

Lourdes queda embarazada sin quererlo. Pasa un embarazo difícil trabajando todo el día en una helada planta frigorífica de pescado, donde su tarea es pesar y empacar salmón y bagre. A las cinco de la madrugada de una mañana de verano, Lourdes rompe bolsa. Se le dispara la temperatura a 105 grados Fahrenheit. Delira.

"¡Que venga mi madre! ¡Que venga mi madre!", gime Lourdes en la cama de un hospital.

Le cuesta respirar. Una enfermera le coloca una máscara de oxígeno.

Lourdes da a luz a una niña, Diana.

Santos no aparece por el hospital. No contesta el teléfono del apartamento. Se ha ido a un bar a emborracharse.

Lourdes se va del hospital sola, vistiendo solamente una bata desechable de papel azul. Ni siquiera tiene una muda de ropa interior. Se sienta a sollozar en la cocina de su apartamento, anhelando estar con sus hijos en Honduras, con su

¿por qué
será eso?
↑

¿dinero o
cuesta? ↑

→ es violada por Santos.

madre, su hermana, cualquier persona conocida. Siente una añoranza insoportable.

Lourdes se lastima trabajando en el frigorífico y la despiden. El dinero no alcanza.

Santos bebe cada vez más. No la ayuda con la bebé. Últimamente se pone celoso y violento cuando está borracho.

"No voy a aguantar esto", piensa Lourdes. Las peleas se agravan.

Santos va de visita a Honduras. Promete invertir allí el poco dinero que han ahorrado.

En lugar de eso, se gasta el dinero en una larga borrachera con una quinceañera del brazo. No vuelve a llamar a Lourdes. Unos amigos en común le cuentan a Lourdes que, poco tiempo después de haber regresado a California, Santos y otros trabajadores latinoamericanos cayeron en una redada de agentes de inmigración estadounidenses. Santos ha sido deportado a Honduras pero está decidido a volver a los Estados Unidos. Nunca llega. Ni su madre en Honduras sabe qué le ha pasado. Tiempo después, Lourdes llega a la conclusión de que ha muerto en México o se ha ahogado en el río Grande.

Lourdes no puede pagar ella sola el alquiler y las cuotas del automóvil. Se muda con Diana, que ya tiene dos años de edad, a un garaje que ha sido transformado en "apartamento". No hay cocina. Madre e hija comparten un colchón tendido sobre el piso de cemento. El techo gotea, el garaje se inunda y las babosas trepan por el borde del colchón. Lourdes no siempre tiene dinero para leche y pañales, ni para llevar a su hija al médico cuando se enferma. A veces viven de la

beneficencia pública, que paga atención médica y alimentos a los indigentes.

En el barrio hay tiroteos. Un pequeño parque cerca del garaje es lugar de reunión para pandilleros. Cuando Lourdes regresa a casa a medianoche, se le acercan para pedirle dinero. Ella les da tres dólares, a veces cinco, para que la dejen en paz. Si ella muere, ¿qué será de sus hijos?

Desempleada y sin posibilidad de enviar dinero a sus hijos que están en Honduras, Lourdes acepta el único empleo disponible: "fichera" en un bar de Long Beach llamado El Mar Azul Bar #1. El trabajo de fichera consiste en sentarse junto a la barra, conversar con los parroquianos y animarlos a que sigan comprando tragos escandalosamente caros. El primer día siente una vergüenza espantosa. Se imagina a sus hermanos sentados junto a la barra, juzgándola. ¿Y si alguien la reconoce en el bar y se entera su madre? Lourdes se sienta en la esquina más oscura del bar y llora. ¿Qué hago aquí?, se pregunta. ¿Esto va a ser mi vida?

Durante nueve meses, pasa noche tras noche escuchando pacientemente a los borrachos hablar de sus problemas, de cómo echan de menos a las esposas e hijos que han dejado en México.

Una amiga la ayuda a conseguir otros empleos: de día limpia casas particulares y oficinas, de noche vende gasolina y cigarrillos en una estación de servicio. Lourdes deja a Diana en la escuela a las siete de la mañana, limpia todo el día, la recoge a las cinco de la tarde y la deja con una niñera para volver a trabajar hasta las dos de la madrugada. Luego de eso pasa

a buscar a Diana y se desploma sobre la cama. Tiene cuatro horas para dormir.

Algunos de los dueños de casa para quienes trabaja son bondadosos. Una mujer de Redondo Beach siempre le cocina un almuerzo y se lo deja sobre la estufa de la cocina. Otra mujer le dice: "Come lo que quieras, allí está el refrigerador".

Lourdes les dice a ambas: "Que Dios la bendiga".

Otros parecen deleitarse humillándola. Una mujer rica le exige que friegue de rodillas los pisos de la cocina y la sala en lugar de usar el trapeador. Los líquidos de limpieza le despellejan las rodillas, que a veces sangran. El trabajo también agrava su artritis. Algunos días camina como una anciana.

La mujer nunca le ofrece ni un vaso de agua.

No obstante, hay meses buenos en los que puede ganar 1.000 o 1.200 dólares limpiando casas y oficinas. Lourdes toma otros empleos, como el de la fábrica de caramelos que pagaba 2,25 dólares la hora. Además del dinero que le manda a Enrique, Lourdes también envía dinero cada mes para su mamá y para Belky, 50 dólares para cada una.

Cuando puede girar dinero se siente feliz. Lo que más teme es no poder mandar dinero cuando falta trabajo. Así no tiene sentido que esté en los Estados Unidos, tan lejos de su casa.

Para sus hijos, el dinero que gira Lourdes no compensa su ausencia. Belky está furiosa con la noticia de la nueva bebida, Diana. Teme que su madre pierda interés en ella y Enrique ahora que tiene otra hija. Además, por cuidar de Diana, Lourdes gastará el dinero que debería ahorrar para reunirse con ellos en Honduras.

Para Enrique, la tensión se agrava con cada llamada telefónica. Las conversaciones son breves y tirantes.

“¿Cuándo regresa usted a casa?”, pregunta Enrique. Lourdes evita responder directamente y sólo le dice que muy pronto estarán juntos otra vez.

Por primera vez, Enrique tiene una idea: Si ella no viene, pues entonces quizá él pueda ir a ella. Ni él ni su madre se dan cuenta aún, pero la semilla de esa idea echará raíz. De allí en más, cada vez que Enrique habla con Lourdes se despide diciéndole: “Quiero estar con usted”.

“Volvé a casa”, le ruega a Lourdes su propia madre. “Aunque sólo sean frijoles, aquí siempre tenés comida”. A Lourdes, el orgullo le impide regresar. ¿Cómo puede justificar haber dejado a sus niños si regresa con las manos vacías?

Lourdes se propone obtener la residencia en los Estados Unidos para enviar por sus niños de manera legal. En total, gasta 3.850 dólares para contratar los servicios de tres gestores de inmigración que prometen ayudarla. Pero los gestores no cumplen, o son estafadores que le roban el dinero.

Lourdes se castiga por no haber aceptado salir con un estadounidense que la invitó hace mucho tiempo. Podría haberse casado con él, quizá ahora sus hijos estarían con ella . . .

Lourdes considera seriamente contratar a un contrabandista para que traiga a los niños, pero la asusta el peligro. Los “coyotes” suelen ser alcohólicos o drogadictos. No puede imaginarse confiar a Enrique y Belky a las manos de un extraño. Su propio contrabandista la abandonó.

Constantemente ocurren cosas que le recuerdan el riesgo

del viaje. Una de sus mejores amigas en Los Ángeles paga a un contrabandista para que traiga a su hermana de El Salvador. Durante la travesía, la hermana llama con regularidad para tenerlos al tanto de su avance por México. Las llamadas cesan abruptamente. → ¿qué significa eso?

Dos meses más tarde, la amiga de Lourdes se pone en contacto con un hombre que viajaba al norte con ese mismo grupo. El bote para cruzar a México iba sobrecargado. La embarcación se dio vuelta. Todos se ahogaron menos cuatro. Algunos cuerpos fueron arrastrados por el mar. A otros, entre los que estaba la hermana desaparecida, los enterraron en la playa. Cuando exhuman el cadáver de la muchacha en una playa mexicana, todavía lleva puesto su anillo de graduación de la escuela secundaria.

Otra amiga entra en pánico cuando la Patrulla Fronteriza atrapa a su hijo de tres años durante el cruce a los Estados Unidos con un contrabandista. Por una semana, la amiga de Lourdes no sabe qué ha sido de su niño.

A Lourdes, lo que la toca más de cerca es la desaparición de su ex novio, Santos.

¿Estoy dispuesta a arriesgar sus vidas para tenerlos conmigo?, se pregunta Lourdes. Además, no quiere que ni Belky ni Enrique vengán a California. Hay demasiadas pandillas, drogas y delincuencia.

Más allá de los peligros, Lourdes no tiene dinero para pagarle a un contrabandista. El coyote más barato cobra 3.000 dólares por niño. Un coyote de primera trae al niño en avión por 10.000 dólares. Lourdes debe ahorrar lo suficiente como

(de primera clase)

para traer a sus dos hijos al mismo tiempo. Si no, el que quede en Honduras pensará que ella lo ama menos.

Enrique se desespera. Va a tener que arreglárselas solo. Irá en su busca. Viajará de polizonte en los techos de los trenes; ha oído que eso hacen muchos que migran hacia los Estados Unidos. "Quiero ir", le dice a su madre.

"Ni de broma", contesta ella. "Es demasiado peligroso. Tené paciencia".

2

LA REBELIÓN

Lourdes vende sus pertenencias. En California hay tantos inmigrantes que los patrones pagan poco y los tratan mal. Ni con dos trabajos puede ahorrar.

Ella quiere volver a empezar en los Estados Unidos. Se muda con Diana a Carolina del Norte. Allí consigue pronto un trabajo como mesera en un restaurante mexicano. Alquila una habitación en una casa-remolque por sólo 150 dólares al mes, la mitad de lo que pagaba en California.

Aquí la gente no es tan hostil. Puede dejar su coche, y hasta su casa sin llave. Y conoce a un hombre. Es un pintor de casas hondureño y planean vivir juntos. Él también tiene dos hijos en Honduras. Es un hombre amable, afectuoso, callado y de buenos modales. Es distinto a los padres de sus hijos. La ayuda a sobrellevar su soledad. La lleva con Diana al parque